

Palomas invasoras

El símbolo de la paz tiene un lado oscuro. Invaden edificios y son un foco de infecciones. La Solana también sufre este problema.



Un tejado del centro de la población lleno de palomas

AURELIO MAROTO ▼

Un funcionario de la localidad de Sumy (Ucrania) ideó una fórmula para adormecer a las palomas. Instaló comederos de pan con vino. Cuando despertaban de la melopea, estaban bien lejos de la citada urbe.

Al margen de la idoneidad, o no, de un método tan singular, la realidad es que las palomas se han convertido en un serio problema urbano, también en La Solana. Ave muy inteligente, es consciente de que la ciudad les proporciona refugio, alimento y seguridad contra sus depredadores, que se ven incapaces de atacar cómodamente entre el enjambre de edificios. Siempre encuentran casas abandonadas o edificios religiosos donde poder instalarse. Toda vez que se reproducen con enorme rapidez (hasta 6 veces al año), su proliferación es masiva en muy poco tiempo.

A estas alturas, se supone que todos conocen el enorme peligro de sus excrementos, muy corrosivos para los edificios y, sobre todo, fuente de un buen número de enfermedades infecciosas para los humanos. El ácido úrico (materia blanca)

puede provocar enfermedades pulmonares, hepatitis o afecciones cerebrales, entre otras. Incluso las plumas transmiten hongos, bacterias y parásitos. Es muy nocivo el contacto con esas deyecciones y también su inhalación involuntaria en forma de polvo microscópico.

Dicho esto, huelga recordar que en La Solana habitan miles de palomas que nacen y crecen a sus anchas. En el casco histórico hay edificios emblemáticos literalmente infestados. La parroquia de Santa Catalina es un buen ejemplo, donde ninguna medida ha logrado limpiar nuestro principal monumento de su engorrosa presencia. Pero también hay construcciones privadas, en especial casas sin habitar, que sirven de perfecto cuartel general y paridero constante que no cesa de crear nuevas parvadas.

Rafael Pérez: “Sí, es un problema de salud pública”

El veterinario Rafael Pérez Corrales lo tiene bastante claro: “por supuesto que es un problema de salud pública”. Aunque prefiere no alarmar, conoce perfectamente el carácter nocivo de las deposiciones

de paloma, y no desde el punto de vista estético para los edificios donde habitan. “Sólo inhalar sus excrementos pueden provocar enfermedades, sobre todo en personas alérgicas o con problemas respiratorios”. Y va más allá. Un edificio deshabitado lleno de palomas acarrea un descontrol que multiplica los focos de infección, “en una casa cerrada mueren crías constantemente, que sirven de alimento a ratas y otros roedores; el lugar se convierte en un reservorio de bacterias”. Es fácil adivinar el peligroso basurero en que se convierte un sitio así. En La Solana, está ocurriendo.

Rafael Pérez recuerda que la gripe aviar acarreó un estricto control de la población de aves domésticas. Se trata de una enfermedad infecciosa vírica con suficiente potencial para infectar a algunas especies de mamíferos, incluido el ser humano. “La gente que tenía gallinas o pollos en su casa fue obligada a censarlos para tener un control”. Las palomas urbanas carecen por lo general de cualquier control de esta naturaleza. Nadie sabe cuántas hay. “Es un tema que no se debe dejar de lado; controlar las poblaciones de palomas es muy importante”.